

---

Fernando I. Salmerón Castro

---

*CACIQUES*. Una revisión teórica  
sobre el control político local\*

---

El caciquismo es un fenómeno permanente en la vida política de México. No basta distinguir entre viejos y nuevos cacicazgos, poner el acento en sus bases políticas o ideológicas, su raíz social o económica. Es necesario intentar una comprensión del mismo en términos del papel que desempeña en la estructura política. Este ensayo intenta, sobre la base de una revisión bibliográfica, plantear el estudio del caciquismo como un problema de intermediación y articulación políticas. Acentúa los aspectos que parecen hacerlo tolerable y aceptable para algunos integrantes de su dominio. Finalmente, busca abrir la perspectiva hacia su comprensión en términos del afianzamiento del dominio estatal sobre bases administrativas directas.

### Caciques y caudillos

El término cacique deriva de la palabra *Kassicuan* de la lengua de los indígenas antillanos Arawak, que significa "tener o mantener una casa". Cuando los españoles conquistaron estas islas, a los jefes se les deno-

\* Este texto constituye la versión modificada en español, de un trabajo originalmente preparado para ser presentado como tesis al curso de M. Phil en Antropología Social en la Universidad de Cambridge, Inglaterra. Para ello conté, durante 1979 y 1980, con una beca de CONACyT y de la ANUIES. Al Dr. Rafael Velasco Fernández, Secretario Ejecutivo de esta institución, debo un especial agradecimiento. Quisiera agradecer también, por la lectura del manuscrito y sus valiosos comentarios, a Peter Worsley, Stephen Hugh-Jones, Esteban Krotz, Guillermo de la Peña, Jaime Espín y Lorenzo Meyer.

minó *caciques*. La palabra se utilizó entonces, por parte de los conquistadores, para designar algunas de las autoridades que mediaban entre ellos y los amerindios.

Durante el periodo colonial en Nueva España, el cacicazgo consistió en el reconocimiento, otorgado por la corona, de algunos de los títulos y privilegios indígenas, así como determinados derechos y obligaciones asignados a aquellos indígenas identificados con la “nobleza autóctona”. Esto no quiere decir que hayan sido investidos con ningún poder real; más bien constituyeron el instrumento del grupo en el poder: intermediarios entre conquistadores y conquistados.<sup>1</sup> Esta antigua institución de “gobierno indirecto” se empleó de muy distintas maneras en el Nuevo Mundo y, después, el concepto ha sido aplicado incluso a instituciones políticas españolas.<sup>2</sup>

La diversidad de condiciones sociales imperantes en las distintas áreas y cuatro siglos de uso han tenido como consecuencia una gran cantidad de variantes en el uso del término.<sup>3</sup> No obstante, en el lenguaje popular, el término cacique designa a aquellas personas que ejercen un poder real mediante el nombramiento o la manipulación de las autoridades formales.<sup>4</sup> Cualquier individuo de quien se piensa que ejerce una influencia excesiva sobre la política local es generalmente llamado cacique.<sup>5</sup> Así, las definiciones del término y sus usos varían muchísimo; un ejemplo claro son las informaciones periodísticas, en que el término se usa harto libremente.

Entre los autores de habla inglesa ha habido alguna discusión sobre la especificidad del término “cacique” y la utilidad de emplearlo como designando algo más que “jefe político local” (*local political boss*).

<sup>1</sup> Luisa Paré, “Caciquismo y estructura de poder en la sierra norte de Puebla”, *Caciquismo y poder político en el México rural*, México, CIIS-UNAM, Siglo XXI, 1975, p. 36.

<sup>2</sup> Ver Joaquín Romero Maura, “Caciquism as a political system”, en E. Gellner y J. Waterbury (eds.) *Patrons and Clients in Mediterranean Societies*, Londres, Duckworth, 1977, pp. 53-62; Durán, J.A., *Historia de caciques, bandos e ideologías en la Galicia*, Madrid, Siglo XXI, 1976; José Varela Ortega, *Los amigos políticos. Partidos, elecciones y caciquismo en la restauración (1875-1900)*, Madrid, Alianza Editorial, 1977.

<sup>3</sup> Paul Friedrich, “The Legitimacy of a Cacique”, en M.J. Swartz (ed.), *Local-level Politics. Social and Cultural Perspectives*, Chicago, Aldine Publishing, 1968, p. 247.

<sup>4</sup> Luisa Paré, *op. cit.*, p. 36.

<sup>5</sup> Wayne A. Cornelius, “Contemporary Mexico: a structural analysis of urban caciquismo”, en R. Kern (ed.), *The Caciques, Oligarchical Politics and the System of Caciquismo in the Lusa-hispanic world*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1973, p. 137, y, “Leaders, followers and official patrons in urban México”, en Schmidt (et. al. eds.) *Friends, Followers and Factions. A reader in Political Clientelism*, Berkeley, University of California Press, 1977, p. 337.

Aunque algunos autores recurren a ambos términos indistintamente,<sup>6</sup> parece que este tipo de relación no ha prevalecido en la organización política de las sociedades con orígenes anglosajones. Los términos en cuestión no se corresponden de manera exacta y puede argüirse que se trata de dos tipos distintos de liderazgo. Se ha considerado útil mantener la distinción, no sólo porque impide interpretaciones falsas o inexactas del comportamiento y el cambio políticos,<sup>7</sup> sino también porque dicho término está cargado con una serie de características particulares. En español el término “jefe” se aplica a jefaturas políticas sólo en la literatura especializada, mientras que en el lenguaje corriente tiene un uso muy extendido como superior inmediato, de modo que el término cacique se aplica popularmente de manera extensa en el sentido señalado arriba. El uso analítico del término suele agregar a esta connotación otros elementos.

González Casanova, en su obra acerca del sistema político mexicano señala algunas características relevantes del caciquismo. De acuerdo con ellas, el término implica dominio total de riqueza, honor, cargos públicos y poder político. Además, el cacique es dueño y señor de su territorio y de la vida y destino de sus habitantes; es más poderoso en su región que cualquier instancia superior de organismos políticos formales.<sup>8</sup> De manera similar, Friedrich ha definido al cacique como “dirigente fuerte y autocrático en política regional y local cuyo mando, característicamente informal, personalista y, a menudo, arbitrario, es apoyado por un núcleo de parientes, ‘luchadores’ y dependientes, y está marcado, de manera distintiva por la amenaza y el ejercicio de la violencia”. El mismo autor considera también que “estos caciques establecen un puente, aunque de manera imperfecta, sobre la brecha entre los pueblos campesinos y la ley, la política y el gobierno del Estado y la nación, y son, por tanto, variedades del llamado ‘intermediario político’ (*political middleman*)”. Ugalde toma también en cuenta estas características al definir al “cacique como un dirigente que (i) tiene un total o casi total control político, económico y social de un área geográfica; (ii) tiene en su poder el uso potencial de la violencia física para hacer de sus deseos la ley de su territorio; y (iii) es reconocido e implícitamente

<sup>6</sup> Vincent L. Padget, *The Mexican Political System*, Boston, Houghton Mifflin Co., 1966, p. 83.

<sup>7</sup> Antonio Ugalde, “Contemporary Mexico: from hacienda to PRI, political leadership in a zapotec village”, en R. Kern (ed.) *The Caciques, Oligarchical Politics and the system of caciquismo in the Luso-Hispanic World*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1973, p. 121.

<sup>8</sup> Ver Paul Friedrich, *A mexican cacicazgo* en *Ethnology*, vol. IV, No. 2, 1965, p. 190; Pablo González Casanova, *La democracia en México*, México, ERA, 1967, (2a. ed.), pp. 39-42; y Ugalde, A., *op. cit.*, p. 124.

legitimado por dirigentes políticos externos más elevados, como el único dirigente dentro de sus dominios”.<sup>9</sup> Luisa Paré retoma una definición más amplia que pone el acento sobre los efectos de este sistema de control político y el contexto centro del cual opera, más que sobre la forma y los elementos particulares con los que lo logra. Así, lo que ella denomina caciquismo en México, es una forma de control político en las áreas rurales, típico de un periodo en que el capitalismo penetra modos de producción no capitalistas. Durante tal periodo —explica— la autoridad tradicional basada en una representación de intereses colectivos de la comunidad tiende a desaparecer en beneficio de un individuo o grupo de individuos que constituyen los principales agentes de la penetración capitalista en la comunidad. Los resultados más importantes del proceso resultan ser la centralización del poder político y la eliminación de la participación popular en la vida política de la comunidad.<sup>10</sup> En términos generales, Paré considera al caciquismo como un fenómeno de intermediación política caracterizado por el ejercicio informal del poder personal con el objeto de proteger los intereses personales de un individuo o una facción.<sup>11</sup>

Otra distinción importante ha sido establecida entre el caudillo y el cacique. No se trata de una distinción sencilla, ya que ambos tipos de dirigente se comportan de manera similar en muchos aspectos; particularmente en lo que concierne a lealtades personalizadas, recurso frecuente a la violencia y estilo autocrático y arbitrario de dirección.<sup>12</sup> Popularmente se considera al caudillo como un jefe “bueno”, que ayuda al pueblo y actúa en su beneficio; mientras, el cacique es un jefe “malo” que ejerce un poder arbitrario y caprichoso contra el pueblo, con ambición e intereses personales.<sup>13</sup> Esta distinción no reporta obviamente ninguna utilidad. Resulta indispensable comparar las características de ambos tipos de liderazgo para tener una idea más clara del problema.

Díaz Díaz<sup>14</sup> establece una lista de lo que estima las características comunes del caudillo y el cacique:

#### 1. Ambos tratan de lograr el dominio de un grupo social o una región

<sup>9</sup> Cfr. Ugalde, *op. cit.*, p. 124; Padget, *op. cit.*, p. 83 y Cornelius, “Contemporary México. . .”, *op. cit.*, pp. 124 y 137-138 y “Leaders, Followers and. . .”, *op. cit.*, p. 387.

<sup>10</sup> Luisa Paré, *op. cit.*, pp. 35 y 36.

<sup>11</sup> *Ibidem*, p. 36.

<sup>12</sup> Wayne A. Cornelius, “Leaders, followers. . .”, *op. cit.*, p. 350.

<sup>13</sup> Fernando Díaz Díaz, *Caudillos y caciques. Antonio López de Santa Anna y Juan Alvarez*, México, El Colegio de México-Centro de Estudios Históricos, 1972, p. 2.

<sup>14</sup> Díaz, Díaz, *op. cit.*, pp. 3-4.

determinados, y esto puede basarse en la costumbre, la tradición, la ley o el carisma personal.

2. Para lograr el dominio, ambos se valen de distintos medios:

- a) el oportunismo político, militar o religioso;
- b) medios económicos especiales;
- c) cualidades personales favorecedoras, como inteligencia, valor, audacia, poder, habilidades persuasivas, “machismo” y otras;
- d) acceso a una clientela relativamente importante que proviene de distintos grupos y lugares en la sociedad mayor;
- e) orientación partidaria o faccional usualmente asociada al reclutamiento de la clientela.

3. Una vez establecido el dominio, lo sostienen utilizando a sus seguidores que dependen de ellos para obtener trabajo, recompensas, orientación y seguridad. Los mismos medios utilizados para lograr el dominio siguen en práctica y cualquier individuo o grupo capaz de ponerlo en peligro es combatido o cooptado para la causa.

4. Ambos utilizan el poder para provecho personal; para incrementar o garantizar la continuidad de la dominación.

5. Manipulan en su beneficio las relaciones de parentesco, pseudo-parentesco y parentesco ritual.

6. Tienden a ser considerados por sus seguidores más cercanos como necesarios o indispensables, particularmente en situaciones de emergencia, lo que incrementa el poder sobre ellos.

7. Frecuentemente manipulan en su provecho los ordenamientos legales, jurídicos y administrativos, lo que justifican recurriendo a la necesidad de mantener el orden social frente a los embates de sus enemigos y las demandas surgidas de los cambios políticos recientes.

8. Una gran fe en su tarea política los impulsa a intentar llevar a efecto la permanencia de la dominación.

9. Pierden la dominación cuando no logran cumplir todo lo ofrecido; cuando se hace aparente su ineficiencia o cuando aparecen dificultades no previstas o enfrentadas insuficientemente. Estas mismas condiciones hacen posible la aparición de nuevos dirigentes que se les oponen y disputan su poder. Como resultado de la lucha, el caudillo o cacique puede perder su dominio si es derrotado. Esto hasta que aparezca una nueva oportunidad para justificar su liderazgo frente a sus seguidores. O, puede incrementar y fortalecer su dominación si resulta victorioso.

Todas las características arriba señaladas son igualmente válidas para caudillos y caciques, ambos muestran, pues, una impresionante similitud. No obstante, existen elementos que son diferentes y subrayan la

importancia de la distinción. Siguiendo a González Navarro, Díaz Díaz<sup>15</sup> establece las siguientes divergencias:

- a) El caudillo tiene generalmente una mentalidad urbana, mientras que el cacique posee una mentalidad rural.
- b) El caudillo intenta logros de carácter nacional, en tanto al cacique lo orienta una proyección de carácter local.
- c) El caudillo lucha por el cambio social, mientras el cacique busca el mantenimiento del *statu quo*.
- d) El caudillo tiene un programa. El cacique, por su parte, opera sobre la base de ambiciones personales y aspiraciones populares, lo que Díaz Díaz llama una *jaouerie*.
- e) La dominación del caudillo pasa de carismática a legal, en términos weberianos, mientras que la del cacique viaja de la dominación carismática a la tradicional.

Caben algunas objeciones a estos puntos. La primera distinción depende, en mucho, de la definición de mentalidad rural/urbana, ya que el hecho de vivir en una urbe o gran ciudad no necesariamente implica un comportamiento político específico o una ideología política particular, ni éstos son obligatoriamente opuestos a los que sustentan comunidades rurales.<sup>16</sup> La segunda distinción resulta un tanto difícil de mantener en caso de fracasados dirigentes con proyección nacional. ¿Cedillo hubiera dejado de ser cacique para convertirse en caudillo, de haber triunfado frente al gobierno del centro? A pesar de esta objeción, es ciertamente observable que la consolidación del poder del caudillo demanda la extensión de su dominio sobre la capital nacional, mientras que el cacique generalmente se mantiene ligado a recursos regionales.<sup>17</sup> La tercera diferencia resulta también difícil en situaciones de caudillos que fácilmente se vuelcan hacia la conservación de los beneficios conquistados y olvidan los ideales originales, mientras que los caciques, en su papel de intermediarios, se convierten en promotores involuntarios de la modernidad y el cambio. Podría argumentarse más fácilmente que los caudillos tienen mayores oportunidades de éxito en periodos de cambios turbulentos, mientras que los tiempos pacíficos no les son propicios para la consolidación de un dominio nacional.

En suma, quizá la distinción más importante se refiere al ámbito de la

<sup>15</sup> *Ibidem*, p. 4.

<sup>16</sup> Véase Cornelius, "Contemporary Mexico. . .", *op. cit.*, y "Leaders, followers and. . .", *op. cit.*

<sup>17</sup> K. H. Silvert, "Caudillismo", en *International Encyclopedia of the Social Sciences*, USA, Macmillan Co., 1968, p. 347.

acción de caudillos y caciques: local o regional *versus* nacional. Debe tenerse en mente que la utilización del criterio weberiano sobre el carácter de la acción para el individuo que la realiza, precisa, para no convertirse en una explicación *post facto*, de una fundamentación basada en evidencia de acciones y decisiones públicas consecuentes. Con ello, la gran diferencia entre caudillo y cacique estriba en que el primero deja la instancia política local en aras del establecimiento de un dominio más amplio sobre todo un territorio nacional. Mientras que el cacique opera regionalmente, estableciendo un vínculo entre la comunidad local y el sistema mayor, el caudillo actúa en el sistema mayor y busca imprimir su sello personal al funcionamiento de éste. Las demás diferencias podrían ser explicadas en relación a este tema principal.

### Caciques y patronazgo

El cacique es normalmente reconocido por los residentes de la comunidad bajo su control y por las autoridades supra-locales, como la persona más poderosa de la zona. La mayor parte del tiempo, en general, constituye el lazo de unión entre ambas esferas de acción política. Los agentes gubernamentales tratan con él, antes que con cualquier otro dirigente potencial que no se encuentra en posición de ofrecer respuestas particulares del resto de la comunidad. Su control le permite ejercer funciones informales de policía, cobrar impuestos y tomar decisiones que afectan a los habitantes de su región. Para todos estos asuntos, “el cacicazgo tradicional representa una especie de gobierno formal dentro del gobierno, controlado por un único individuo dominante que no es *formalmente* responsable ni ante los residentes de la comunidad bajo su control, ni ante las autoridades políticas y gubernamentales externas”.<sup>18</sup> Entonces, los cacicazgos constituyen instancias de gobierno extraoficiales que mantienen, sin embargo, algún acuerdo en orden general con la autoridad central.

El cacique es habitualmente un dirigente surgido de la propia comunidad sobre la que ejerce su influencia, y sus seguidores son básicamente miembros de la propia comunidad. Sus actividades se orientan, en lo fundamental, a resolver asuntos y preocupaciones locales.<sup>19</sup> El poder y la riqueza de los caciques surgen de la propia zona de influencia y dependen de la efectividad del control que sobre ella mantengan. Es nece-

<sup>18</sup> Cornelius, “Leaders, followers and . . .”, *op. cit.*, p. 338.

<sup>19</sup> Cornelius, “Contemporary Mexico. . .”, *op. cit.*, p. 138 y “Leaders, followers and . . .”, *op. cit.*, p. 338.

sario, por lo tanto, distinguir al cacique de otros líderes “impuestos” o una comunidad por fuerzas supra-locales. Asimismo, debe mostrarse el contraste entre aquél y agentes o representantes locales de la autoridad central, partidos políticos, sindicatos y otras organizaciones externas cuyos intereses primordiales son claramente supra-locales, aun cuando alguna de su actividad esté orientada a la comunidad local.<sup>20</sup> Esto no quiere decir que el cacique no tenga relación con organizaciones supra-locales ni que sus intereses no puedan ir más allá de su zona de influencia, sino simplemente que sólo es capaz de manejar estos asuntos si mantiene una estrecha relación con los problemas locales. La actividad de otro tipo de agente, por otra parte, se basa fundamentalmente en apoyos emanados de fuentes externas a la comunidad.<sup>21</sup>

Los caciques han ocupado con frecuencia puestos políticos formales. Sin embargo, su poder y control sobre la comunidad no dependen de funciones públicas ordenadas constitucionalmente en la administración nacional o municipal. Aunque el caciquismo no es el único tipo de liderazgo que puede ejercerse sin ocupar puestos públicos formales, los caciques constituyen los únicos líderes políticos oficialmente reconocidos cuyo mandato no está delimitado por cambios trienales o sexenales.<sup>22</sup> No obstante, estos cambios pueden afectarles si sus relaciones con las nuevas autoridades no son tan buenas como lo eran con las precedentes. En general, un cacique permanece en el poder hasta que voluntariamente renuncia a su posición de liderazgo, muere o es eliminado por alguna acción de fuerza.<sup>23</sup> Cuando el cacique muere, generalmente es sucedido por alguno de sus seguidores más cercanos. Su caída por vía de la fuerza es, comúnmente, consecuencia de un levantamiento popular. Este puede haberse gestado entre los miembros de la comunidad tras un largo periodo de errores o flagrante incompetencia. También puede haber sido orquestado por los propios enemigos políticos del cacique: agentes gubernamentales, facciones menores de sus propios seguidores o grupos opositores que demuestran su hostilidad. En cualquier caso, debe quedar claro que un levantamiento de este tipo no necesariamente significa el fin del cacicazgo como tal; la mayoría de las veces únicamente entraña cambios menores.

El cacique suele hacerse del poder por auto-imposición como dirigente y, en general, cuenta con el consentimiento de la mayor parte de los miembros de la comunidad, si no con su apoyo decidido. Esta rela-

<sup>20</sup> *Ibidem*, p. 138 y 338.

<sup>21</sup> Cornelius, “Contemporary Mexico . . .”, *op. cit.*, p. 138.

<sup>22</sup> Cfr. Cornelius, “Leaders, followers and . . .”, *op. cit.*, p. 338. Pare, *op. cit.*, pp. 37 y 49 y Ugalde, *op. cit.*, p. 124.

<sup>23</sup> Cornelius, “Contemporary Mexico . . .”, *op. cit.*, p. 138.

ción de dirección-apoyo tiene un carácter utilitario de conveniencia, al menos para un grupo dentro de la comunidad, mientras que el resto acepta por apatía. Tal relación puede deteriorarse rápidamente al hacerse públicos síntomas muy obvios de corrupción, abusos de autoridad o desvío de recursos comunitarios.<sup>24</sup> Como los caciques buscan generalmente el incremento sostenido de poder y riqueza personales, se encuentran envueltos en toda una gama de actividades lícitas e ilícitas y, por tanto, en puerta de algún escándalo a cada momento. El cacique se ve obligado a una búsqueda constante por legitimar su derecho al liderazgo por todos los medios. A este respecto es muy importante demostrar efectividad al asegurar beneficios para la comunidad. Mantener un flujo constante de beneficios materiales para ésta asegura consentimiento de la población y los mismos beneficios, canalizados a individuos específicos, garantizan a los seguidores y amigos cercanos del cacique.<sup>25</sup>

Por estas razones, el cacique debe buscar constantemente su identificación con toda obra pública, introducción de servicios o cualquier otra mejora operada en el área bajo su control, independientemente de su intervención en la consecución de tal fin. Es obvio que reclamará el crédito por obras en las que no sólo no medió favorablemente, sino a las que incluso se opuso veladamente.<sup>26</sup> Por otra parte, es seguro que negará su responsabilidad en cualquier fracaso, aun cuando hubiere realizado alguna oposición encubierta. Al mismo tiempo, cuando el cacique recibe el apoyo comunitario para algún fin específico, bien puede emplearlo en su propio beneficio. En este punto el cacique suele encontrar la utilidad de mantener un problema sin solución con el fin de no perder ese apoyo. Es un caso claro en el que los intereses del cacique se oponen a los de la población.<sup>27</sup> Esa contradicción no puede mantenerse por mucho tiempo sin que salga a la luz. Cuando esto sucede, conexiones y apoyos fuera de la comunidad se vuelven muy importantes. De ahí la relevancia del examen de factores que ayudan al cacique a mantener su influencia frente a tan clara evidencia de abusos de poder y autoridad. Podemos así dividir las bases en que finca su influencia en dos grupos: los recursos que controla personalmente y aquellos que derivan de sus relaciones con actores políticos externos.

Dentro del primer conjunto de recursos, el cacique tiene un apoyo

<sup>24</sup> Cornelius, "Leaders, followers and . . .", *op. cit.*, p. 339.

<sup>25</sup> Cornelius, "Contemporary Mexico. . .", *op. cit.*, p. 143 y "Leaders, followers and . . .", *op. cit.*, pp. 338 y 339.

<sup>26</sup> Cornelius, "Contemporary Mexico. . .", *op. cit.*, p. 143.

<sup>27</sup> Cfr. Cornelius, "Leaders, followers and . . .", *op. cit.*, pp. 143 y 144.

fundamental en sus allegados y seguidores inmediatos, los que se reclutan principalmente entre amigos y parientes cercanos. Las relaciones dentro de este grupo se rigen por lazos personales de amistad y parentesco. Friedrich asegura, incluso, que la lealtad es virtualmente axiomática entre hermanos y medio hermanos uterinos, aunque los lazos entre primos, tíos y sobrinos varíen mucho. En la aldea michoacana estudiada por este autor, un individuo promedio contaba con un grupo de “diez a veinte o más parientes sanguíneos y por matrimonio” que lo apoyarían hasta cierto punto. Al mismo tiempo, “el lazo familiar e informal de ‘amistad íntima’ y la tan institucionalizada y llena de formalidades relación de compadrazgo” garantizarían entre cinco y siete asociados por lo menos, en los que un hombre puede confiar para obtener apoyo político y económico. Calvo y Bartra construyen, para las poblaciones de Actopan e Ixmiquilpan, dos representaciones gráficas de lazos de parentesco y compadrazgo en torno a dos caciques. Las diferencias se explican en términos de la relativa pérdida de cohesión interna ocasionada por la muerte del hombre fuerte de Actopan. Estos dos diagramas pueden compararse con el tercero que hemos construido para el caso de Tetela del Volcán, donde no hay cacique (Diagramas 1, 2 y 3).

“Recursos de patronazgo ayudan también al cacique a consolidar su dominio sobre la comunidad”.<sup>28</sup> Normalmente fortalece la relación con sus allegados repartiéndoles algunos de los beneficios obtenidos con el cacicazgo. Lazos de amistad y parentesco (real, ritual o ficticio) se refuerzan mediante recompensas de este tipo. Al mismo tiempo se crean nuevos nexos, dando lugar a una “familia política” sumamente cohesionada que apoya al cacique, lo protege y lo aísla del hostigamiento que podrían provocar algunos miembros insatisfechos de la comunidad o algún extraño con intereses contrarios a los suyos.<sup>29</sup>

El grupo de apoyo del cacique incluye, entonces, familiares (asociados por diversas formas de parentesco), amigos cercanos, guardaespaldas y otros individuos satisfechos con la actividad del dirigente o interesados en los resultados de la actividad faccional. Entre todos ellos existen relaciones de lealtad y obligación, estructuradas en función de un líder central que da coherencia y permanencia a la facción. De ahí que resulte tan importante la persona del cacique. Por lo mismo, la mayor parte de las dificultades del cacicazgo se refieren a la posición del líder: muerte, sucesión, conflicto interpersonal con posibles competidores. En este sentido, la formación de la facción caciquil es comparable con

<sup>28</sup> *Ibidem*, p. 340.

<sup>29</sup> Cfr. Cornelius, “Leaders, followers and. . .”, *op. cit.*, p. 340 y Paré, Luisa, *op. cit.*, pp. 49, 50 y 57.

la forma en que el “gran hombre” (*big man*) melanesio organiza a sus seguidores.<sup>30</sup>

Algunos otros de los recursos del cacique son sus habilidades o aptitudes personales para desempeñar un papel de dirección. Un elemento importante es su capacidad como organizador y unificador de la comunidad. Los miembros de ésta suelen ver en ello un paso esencial en la conquista de fines ulteriores, ya que permite lograr una buena impresión en actores políticos externos e incrementa las posibilidades de negociación. Al mismo tiempo, en la medida en que el cacique puede mostrar efectividad manteniendo unidad y organización, gana influencia y legitimidad.<sup>31</sup> Otra habilidad apreciable es un buen desarrollo de la expresión pública. Hablar bien en público, alguna capacidad oratoria y la posibilidad de hacerse entender ante grupos con lenguajes distintos (bilingüismo o simplemente manejo de variaciones dialectales geográficas o de estrato), constituyen importantes recursos de dominación del cacique.<sup>32</sup>

Los caciques hacen uso también de recursos coactivos para conseguir colaboración financiera y obediencia general. El uso abierto y descarado de la fuerza física parece ser, no obstante, una característica de los cacicazgos rurales, más que de los urbanos.<sup>33</sup> Esto puede obedecer a que los primeros gozan de una mayor autonomía relativa respecto de las autoridades políticas y gubernamentales. Sin embargo, no debe olvidarse que el cacique urbano cuenta con una mayor diversidad de posibilidades de coacción.<sup>34</sup> Esto debe tenerse en consideración al explicar usos diferentes de la fuerza física en distintos cacicazgos rurales. Es obvio que existen alternativas en la manipulación de la religión, el parentesco, y las tradiciones populares, tanto como en las sanciones económicas.<sup>35</sup> La violencia y el uso de la fuerza física para garantizar obediencia, de modo general, no implican simplemente un carácter o un comportamiento peculiares; dependen de un conjunto específico de elementos políticos y económicos. Las relaciones entre la prevalencia de la violencia privada y la estructura de la vida económica y política resultan útiles en la explicación de estos problemas y se ha visto que son similares en

<sup>30</sup> Véase Marshall D. Sahlins, “Poor man, rich man, big man, chief: political types in Melanesia and Polynesia”, en *Comparatives Studies in Society and History*, vol. 5, No. 3, 1962, pp. 285-303.

<sup>31</sup> Cornelius, “Leaders, followers and. . .”, *op. cit.*, p. 340.

<sup>32</sup> *Ibidem*, *op. cit.*, p. 346.

<sup>33</sup> Cfr. Cornelius, “Leaders, followers and. . .”, *op. cit.*, p. 340 y Friedrich, Paul, “A Mexican Cacicazgo”, *op. cit.*, pp. 205 y 206.

<sup>34</sup> Cornelius, “Leaders, followers and. . .”, *op. cit.*, pp. 340 y 341.

<sup>35</sup> Paré, *op. cit.*, pp. 57 y 58.

situaciones de patronazgo enclavados en contextos sociales distintos.<sup>36</sup>

El otro conjunto de elementos explicativos de la influencia caciquil sobre sus dominios deriva de recursos externos. Estos se asientan fuera de la comunidad y no están sujetos al control personal del cacique. Entre los más importantes de este grupo se encuentran las relaciones con agentes políticos y miembros de alto rango del gobierno fuera de la comunidad. Relaciones con otros individuos que gocen de prestigio y poder —médicos, abogados, ingenieros u otros profesionales capaces de apuntalar el dominio del cacique— constituyen recursos importantes que éste intentará aprovechar.<sup>37</sup>

Usualmente el cacique se halla ligado como cliente a uno o más individuos que se desempeñan como patrones y se ubican en niveles superiores de gobierno o en el aparato del partido oficial.<sup>38</sup> Esto únicamente reproduce el tipo normal de relaciones que se encuentran a todos los niveles del sistema político mexicano.<sup>39</sup> Tal sistema de patronazgo se basa en el intercambio recíproco de bienes y servicios que ambas partes valoran y supone obligaciones recíprocas, aun cuando éstas sean diferenciales y asimétricas para cada miembro de la *díada*.<sup>40</sup> En el caso de los caciques urbanos, una relación de este tipo parece ser garantía de un considerable grado de autonomía en el manejo de los asuntos internos y en la redistribución, dentro del asentamiento, de los beneficios obtenidos del gobierno. Por supuesto, se valen ampliamente de tales vínculos para fortalecer su posición de intermediarios, apresurando trámites en favor de la colonia, por ejemplo.<sup>41</sup> Los caciques rurales generalmente hacen uso de estas relaciones para el nombramiento de autoridades ejidales, empleados de los distritos de riego o la banca oficial, cuya actividad favorezca su dominación. Este poder derivado es muy importante puesto que puede emplearse efectivamente para consolidar la posición del cacique dentro de la comunidad y eliminar desafíos importantes a su autoridad.<sup>42</sup>

Asimismo, existe una relación directa entre el empleado gubernamental que merece la atención de un cacique y su situación política, econó-

<sup>36</sup> Charles Tilly, "Foreword", en Block, *The Mafia of a Sicilian Village. 1860-1960. A study of Violent Peasant Entrepreneurs*, Oxford, Basil Blackwell, 1974, pp. XIV y XV.

<sup>37</sup> Cfr. Cornelius, "Leaders, followers and. . .", *op. cit.*, p. 341 y Friedrich, Paul, "The Legitimacy of Cacique", *op. cit.*, p. 263.

<sup>38</sup> Cornelius, "Contemporary Mexico. . .", *op. cit.*, pp. 146 y 147.

<sup>39</sup> Cornelius, "Leaders, followers and. . .", *op. cit.*, p. 351.

<sup>40</sup> Cfr., Cornelius, "Contemporary Mexico. . .", *op. cit.*, p. 147 y Paré, Luisa, *op. cit.*, p. 58.

<sup>41</sup> Cornelius, "Contemporary Mexico. . .", *op. cit.*, p. 147.

<sup>42</sup> Cornelius, "Leaders, followers and. . .", *op. cit.*, p. 34.

mica y geográfica. Para un cacique asentado en una colonia proletaria de la ciudad de México, resulta importante cultivar patrones políticos entre los empleados administrativos del gobierno de la ciudad, las secciones de las secretarías de estado relacionadas con la solución de problemas urbanos y las autoridades del partido oficial encargadas de canalizar demandas populares de la gran urbe.<sup>43</sup> El interés de un cacique rural por patrones incrustados en la estructura política nacional varía también de acuerdo con sus posibilidades. El cacique de una pequeña población considera al gobernador del estado o a sus auxiliares inmediatos como su contacto más importante fuera del municipio: un presidente municipal y sus síndicos pueden ser manipulados si se cuenta con el apoyo efectivo del gobernador. Este, a su vez, al hacer del cacique el impulsor directo de las decisiones de gobierno en el nivel local, lo transforma en hombre de partido y en el lazo entre la estructura partidaria y la población.<sup>44</sup> Cuando el cacique logra el control de una región, generalmente influye en la designación de los candidatos oficiales para su zona y aun para el gobierno estatal. En este momento, el cacique se ubica por encima de la autoridad del gobernador, quien se ve obligado a someter sus decisiones al acuerdo de aquél, cuando no se encuentra directamente relacionado con el cacicazgo.

A cambio de su apoyo, los patrones generalmente cuentan con los caciques para la movilización de grandes contingentes en ocasión de presentaciones públicas de altos funcionarios, ceremonias civiles, concentraciones y actos de apoyo. Asimismo se espera del cacique que mantenga el control político de su dominio y sus dominados, evitando toda clase de rupturas del orden público o la estabilidad política. Paralelamente debe fomentar en los miembros de su comunidad una orientación política "saludable" y asegurar su participación en las elecciones y en actos de apoyo al gobierno y al partido oficial.<sup>45</sup> Cuando se violan estos términos, el crédito de un cacique con su patrón se ve seriamente afectado y en última instancia puede, incluso, verse privado de sus favores.

El establecimiento de relaciones de este tipo con individuos de importancia fuera del aparato gubernamental es también muy importante. Estas incluyen grandes terratenientes y ganaderos, altos jefes del ejército y prósperos hombres de negocios, en general. De hecho, las relaciones entre caciques y negociantes son muy estrechas y puede decirse que forman parte de una única red de empresarios comerciales en los niveles local y regional. Los caciques suelen operar como comerciantes e in-

<sup>43</sup> Véase Cornelius, *op. cit.*,

<sup>44</sup> Luisa Paré, *op. cit.*, p. 53.

<sup>45</sup> Cornelius, "Contemporary. Mexico. . .", *op. cit.*, pp. 146 y 147.

termediarios económicos entre su región y las redes nacionales de circulación de mercancías. Organizan el tráfico de bienes producidos localmente hacia los mercados extraregionales y llevan a su zona de influencia los productos industriales de las ciudades, incorporando plenamente su área a la economía nacional.

Esta requiere, en efecto, de un instrumento para relacionar sus actividades despersonalizadas, mecánicas y sistemáticas con zonas en las que el trato es personal, cara a cara y sujeto a vicisitudes menos grandiosas pero igualmente reales. El intermediario económico salva la distancia entre ambos polos y “se sitúa entre dos formas de producción, maneja dos mundos, dos lenguajes, dos tipos de racionalidad económica y de relaciones sociales”.<sup>46</sup>

Luisa Paré afirma que es a lo largo del proceso de intermediación económica que un dirigente local se transforma en cacique.<sup>47</sup> Lo importante es que este actor combina, en un proceso de dominación, ventajas políticas que requiere para obtener beneficios económicos.<sup>48</sup> Así se instituye una posición intermediadora igualmente relevante en las esferas política y económica. El cacique se sitúa entre dos realidades distintas y aprovecha sus habilidades y su posición estructural para relacionarlas. En términos de Wolf, un cacique, en su papel de intermediario político, resguarda las articulaciones o puntos de relación que conectan al sistema local con la sociedad más amplia.<sup>49</sup>

### Caciques e intermediación

El concepto de intermediación política se ha desarrollado fundamentalmente como instrumento de explicación de las relaciones entre la política nacional y las comunidades rurales tradicionales, aunque ha sido utilizado para tratar con una amplia gama de relaciones de mediación.<sup>50</sup> La posible aplicación de este concepto al papel del cacique en las estructuras política y económica, requiere observar más de cerca algunos de los rasgos fundamentales de los mediadores políticos.

<sup>46</sup> Margarita Rosas González, *Los intermediarios agrícolas y la economía campesina*, México, SEP-INAH (Centro Regional del Sureste, Colección Científica 80, Antropología Social), 1979, p. 123.

<sup>47</sup> Luisa Paré, *op. cit.*, p. 37.

<sup>48</sup> Eric R. Wolf, “Aspects of group relations in a complex society: Mexico”, en Shanin (ed.), *Peasants and Peasant Societies. Selected Readings*, Harmondsworth, Penguin Books, 1971, p. 59.

<sup>49</sup> *Ibidem*, p. 65.

<sup>50</sup> Para una buena bibliografía sobre el tema véase Cornelius, “Contemporary. México. . .”, *op. cit.*, p. 44.

De acuerdo con Swartz,<sup>51</sup> con la excepción de algunos casos muy raros de dominio por la sola fuerza bruta, la autoridad e influencia del intermediario político siempre dependen de lo que llama “sistemas incongruentes de valores, normas y principios”. Estos constituyen diferentes niveles y subsistemas culturales entre los que resultan más importantes los conjuntos de patrones y reglas de conducta que conforman diversas culturas políticas: esto es, aquellos que dan lugar a una forma particular de organizar procesos y actividades políticas. Pueden diferir por localidad, región o provincia, agrupamientos profesionales, partidos o movimientos políticos, e incluso por un trato diferente de un mismo conjunto de principios. La actividad del intermediario político es la única capaz de articular diferentes culturas políticas y establecer un puente entre esas incongruencias. La autoridad, influencia y eficacia persuasiva variarán de acuerdo con su capacidad para desempeñar esa función socialmente necesaria. Puesto que el intermediario está situado entre por lo menos dos culturas políticas, su legitimidad está constantemente abierta al cuestionamiento y depende, en último término, de su congruencia relativa con una u otra de las culturas, cuando no puede satisfacer a ambas. Cualquier cambio en la cultura política —particularmente aquellos que la modernización impulsa— tiende a modificar la función del intermediario y a modificar su autoridad.

En ocasiones el intermediario político puede hallarse entre diferentes comunidades y culturas políticas sin contar con los medios para manipular la situación. En este caso, se trata muy probablemente de un producto del balance local de fuerzas, o de una estructura que él mismo tiene dificultad para comprender.<sup>52</sup> Un caso como éste es el descrito por Philip Dennis en un pueblo oaxaqueño. En ese lugar, el presidente de la aldea constituye, para las agencias supralocales de gobierno, el representante oficial de la comunidad, y normalmente tratan con él cualquier asunto que la concierne. Los habitantes del pueblo ven en él al intermediario de mayor importancia entre ellos y el gobierno. No obstante, éste representante no tiene ninguna autoridad política para ejercer coerción. “Dentro de su propia aldea, un presidente debe actuar en términos de consenso y cooperación. No puede ordenar a los demás ciudadanos que hagan nada que no hayan acordado antes de una asamblea pública.”<sup>53</sup> Cualquier desviación de esta línea básica lo opondría

<sup>51</sup> Marc J. Swartz, “The political Middleman”, en *Local-level Politics. Social and Cultural Perspectives*, Chicago Aldine Publishing Co. 1968, pp. 199-204.

<sup>52</sup> *Ibidem*, p. 201.

<sup>53</sup> Philip A. Dennis, “The Oaxacan village president as political middleman”, *Ethnology*, vol. XII, No. 4, octubre 1973, p. 422.

a la comunidad y muy probablemente sería depuesto, expulsado del pueblo o incluso asesinado.

Por otro lado, las autoridades gubernamentales, acostumbradas al trato con intermediarios del tipo cacique, generalmente hacen responsable al presidente de lo que sucede en la comunidad. Sin embargo, en zonas indígenas como la estudiada por Dennis, el representante de la comunidad aparentemente no puede poner en práctica, por la fuerza, decisiones impopulares o imponer su voluntad, tal como lo haría un cacique en alguna otra parte. En este caso, problemas suscitados en el pueblo o entre varios pueblos pueden “comprometer” al presidente, que será considerado como responsable, aun cuando hubiere desconocido la acción o se hubiere opuesto a ella.

Frente a esas dificultades, en esa zona pocos individuos disfrutaban el ser presidentes. De hecho, hacen todo lo posible por evitar su nominación a los puestos de servicio más importantes.<sup>54</sup> Una vez instalado como representante del pueblo, sin embargo, un hombre debe afrontar toda clase de gastos y dificultades para mantenerse en una sola pieza sin menoscabo de su reputación. Generalmente, la mejor manera de lograrlo es apoyando “actividades que puedan ser aceptadas por el gobierno”, evitando participar en incidentes violentos y, en ocasiones incluso, abandonando su puesto temporalmente para no verse involucrado.<sup>55</sup>

En otros casos, distintos del referido, el intermediario se aprovecha conscientemente de su posición. Un ejemplo es el “secretario ladino”, descrito por Aguirre Beltrán para los Altos de Chiapas. Este se vale de una posición estructural para “mediar entre el gobierno indígena y el gobierno nacional” y obviamente hace uso de su autoridad para obtener beneficios económicos de toda suerte.<sup>56</sup> Otros intermediarios de este tipo suelen emprender maniobras complejas y sofisticadas, además de manipular recursos de diversa índole, aspectos ideológicos o de cultura política, diferencias étnicas o religiosas, para mantener e incrementar su poder.<sup>57</sup> Resulta obvio que el cacique es un intermediario de éste último tipo.<sup>58</sup>

<sup>54</sup> *Ibidem*, p. 424.

<sup>55</sup> *Ibidem*, p. 426.

<sup>56</sup> Gonzalo Aguirre Beltrán, *Formas de gobierno indígena*, México, Imprenta Universitaria (Colección Cultura Mexicana), 1953, pp. 119-122.

<sup>57</sup> Swartz, *op. cit.*, p. 201.

<sup>58</sup> Véase Eckart Boege y Pilar Calvo, “Estructura política y clases sociales en una comunidad del Valle del Mezquital”, en *Caciquismo y poder político en el México rural*. Siglo XXI, México, 1975, pp. 139 y 143. También confrontar Luisa Paré, *op. cit.*, p. 53 y Víctor Raúl Martínez Vázquez, “Despojo y manipulación campesina: historia y estructura de dos cacicazgos del Mezquital”, en *Caciquismo y poder político en el México rural*, México, Siglo XXI, 1975, pp. 159-162.

Entre estos dos ejemplos extremos, podríamos encontrar otros intermediarios políticos que, sin compartir todas las características del cacique, derivan importantes beneficios de su posición estructural. Ciertamente obtienen ganancias, en términos económicos y de poder, de la manipulación de los recursos a su disposición. La comunidad estudiada por P. Arias y L. Bazán y descrita en su libro *Demandas y Conflictos* (1979),<sup>59</sup> ejemplifica claramente la formación y el carácter de un grupo político con estas características.<sup>60</sup> Muestran también cómo, en una primera etapa, la legitimidad de estas autoridades se basaba en el cumplimiento efectivo de las demandas y expectativas locales. En una segunda fase, la fuente de poder de las autoridades locales cambia del pueblo de Telela del Volcán y sus demandas, a la sociedad mayor y necesidades externas. Así, las principales actividades de las autoridades locales están relacionadas con el cumplimiento efectivo de las demandas de quienes les otorgan el poder: demandas internas, primero, y externas, después. La necesidad de legitimarse frente al poblado, al mismo tiempo, los obliga a seleccionar e instrumentar demandas que siendo locales, lo sean también de la sociedad extralocal. Ello, aunado a las expectativas generales, mantiene esa legitimidad.<sup>61</sup>

De acuerdo con Eric Wolf<sup>62</sup> la dependencia de las comunidades de un sistema mayor, las ha afectado en dos sentidos, dando lugar, al mismo tiempo, a la especialización de grupos de personas dentro de las comunidades y a la especialización de comunidades completas dentro del todo mayor. Uno de estos grupos especializados es el que media entre grupos "orientados comunalmente" dentro de las comunidades, y grupos "orientados nacionalmente" que operan de manera fundamental a través de instituciones nacionales.<sup>63</sup> En términos de liderazgo, esto ha desarrollado un cierto tipo de especialista político, encarnado en muchas ocasiones por el cacique. Otros individuos o grupos pueden tomar este lugar sin compartir con el cacique todos sus rasgos. Sin embargo, el cacique es un especialista político que obtiene un beneficio de sus actividades, pero que procura también la persistencia de la necesidad que posibilita su existencia como intermediario. Especialistas de este tipo generalmente no liquidan las dificultades que los hicieron surgir. Así, suelen operar tan sólo como amortiguadores entre distintos grupos, pero mantienen las tensiones suscitadas por la dinámica de su activi-

<sup>59</sup> Patricia Arias y Lucía Bazán, *Demandas y conflicto. El poder político en un pueblo de Morelos*, México, CIS-INAH-Editorial Nueva Imagen, 1977.

<sup>60</sup> *Ibidem*, en especial las páginas 73-104.

<sup>61</sup> *Ibidem*, pp. 160-161.

<sup>62</sup> Eric R. Wolf, *op. cit.*, p. 50.

<sup>63</sup> *Ibidem*, p. 75.

dad.<sup>64</sup> Al mismo tiempo, fincan su poder con relativa autonomía de ambas partes. Obtienen ganancias de la necesidad que ellas tienen de su actividad pero mantienen una libertad de acción considerable dentro de su región y de las fuentes externas.<sup>65</sup> Por esta razón buscan monopolizar toda relación entre su comunidad y autoridades políticas externas, minimizando cualquier lazo que no sea mediado por ellos.<sup>66</sup>

Lo anterior indica claramente que se trata de individuos que ponen en relación elementos de la sociedad situados en planos distintos y entre los cuales existen marcadas diferencias. La presunción de que nos hallamos frente a planos superpuestos, ha impulsado la utilización del concepto de niveles de integración sociocultural, acuñado por Steward,<sup>67</sup> para dar cuenta de esas diferencias. Wolf dio mayor precisión al término señalando su utilidad en el análisis de situaciones en que los componentes de un sistema sociocultural se reacomodaban para responder a nuevas necesidades, o cuando se veían incorporados a sistemas más envolventes.<sup>68</sup> Los intermediarios se situaban, así, entre los niveles y permitían su articulación; especialmente entre el nivel local y la sociedad mayor.

Richard Adams enfrenta el problema de la intermediación con armas similares. Su concepto de "niveles de articulación" reconoce antecedentes en Steward y Wolf, pero considera que es más preciso, que permite correlaciones culturales cruzadas de formas variantes; indica la dinámica de los niveles y el modo en que aparecen y pueden cambiar.<sup>69</sup> Para este autor, los individuos (aislados o en asociación), en el desempeño de sus actividades cotidianas, deben hacer frente a su medio ambiente. Al hacerlo, buscan controlar una parte de aquél que por una u otra razón les resulta importante. Esta es la base del poder social. Al ejercer dicho control, se enfrentan con otros actores para quienes resulta relevante esa misma porción del medio. Este es el punto en que se inicia el ejercicio del poder, pues la efectividad en el control del entorno de otros conlleva la posibilidad de influenciar sus decisiones.<sup>70</sup> Ahora bien, esto

<sup>64</sup> *Ibidem*, p. 66.

<sup>65</sup> Cornelius, "Contemporary Mexico. . .", *op. cit.*, pp. 147-148.

<sup>66</sup> Cornelius, "Leaders, followers and. . .", *op. cit.*, p. 347.

<sup>67</sup> Julian Seward, *The Theory of Culture Change*, Urbana, University of Illinois Press, 1955.

<sup>68</sup> Eric R. Wolf, "Levels of communal relations", en *Handbook of Middle American Indians*, (R. Wauchope, ed. gral. y M. Nash ed. del volumen), vol. 6, pp. 299-316, Austin, University of Texas Press, 1967, pp. 299-300.

<sup>69</sup> Richard N. Adams, "Brokers and career mobility systems in the structure of complex societies" en Heath (ed.), *Contemporary Cultures and Societies in Latin America*, Nueva York, 1970, Random House (2a. edición), p. 8. Publicado por primera vez en *Southwestern Journal of Anthropology*, XXVI, 1970, pp. 315-327.

<sup>70</sup> Para una exposición más completa ver Richard N. Adams, "El poder: sus con-

implica que en una sociedad compleja, todos los individuos enfrentan, como parte de su ambiente, a otros individuos en actividad. Al hacerlo se encuentran en confrontación, es decir, tienen interés en el control de la misma porción del medio.<sup>71</sup> Esta confrontación “articula” a las partes, en la medida en que una o ambas son obstáculos para la otra. De ahí el término de niveles de articulación. La confrontación, sin embargo, puede resolverse por una gran cantidad de relaciones, que van de la competencia a la colaboración o asimilación.<sup>72</sup> El resultado es que las partes tenderán hacia una relación de superordinación-subordinación o coordinación-competencia. En el primer caso, uno de los actores tiene un mayor control sobre el medio ambiente que otro; de hecho, uno domina parte del entorno significativo del otro, lo que los coloca en un “dominio de poder”.<sup>73</sup> El segundo caso da lugar a un “nivel de articulación”, más o menos estable dependiendo de la presencia de confrontaciones balanceadas y de la repetición de confrontaciones similares.<sup>74</sup>

El intermediario sirve de enlace entre niveles de articulación. No obstante, si estos niveles están definidos por diferencias de poder, resulta imprescindible poner énfasis en los canales de ejercicio del poder. Esto obliga a una distinción entre diversos tipos de intermediarios. Adams hace la diferencia entre lo que llama “intermediarios de poder” (como el cacique) y lo que denomina “intermediarios culturales” (como el maestro rural o el extensionista agrícola). Ambos ponen en relación niveles de articulación distintos, pero lo hacen de manera muy diferente. El primer tipo de agente tiene poder en dos niveles, es decir, manipula el control que tiene en cada nivel para fortalecer su posición en el otro, y, también, que el control detentado en cada esfera depende del éxito con que mantiene su dominio sobre la otra.<sup>75</sup> El intermediarismo cultural, en cambio, “es un individuo de un nivel que vive y opera entre individuos de otro nivel”. Cualquier influencia que pueda tener en el nivel del que proviene depende de su actividad en ese estanco, no en el nivel en que opera, donde un magnífico desempeño no afectará el papel que tiene en el primero.<sup>76</sup>

---

diciones, evolución y estrategia”, en *Estudios Sociales Centroamericanos*, año II, No. 4, enero-abril 1973, pp. 65-141.

<sup>71</sup> Richard N. Adams, *Crucifixion by Power. Essays on the Guatemalan National Social Structure. 1944-1966*, Austin y Londres, University of Texas Press, 1970, *op. cit.*, pp. 53 y 54.

<sup>72</sup> Richard N. Adams, “Brokers and. . .”, *op. cit.*, p. 85.

<sup>73</sup> Richard N. Adams, *Crucifixion by. . .*, *op. cit.*, p. 54, y “Brokers and Career. . .”, *op. cit.*, p. 84.

<sup>74</sup> Richard N. Adams, “Brokers and Career. . .”, *op. cit.*, p. 85.

<sup>75</sup> *Ibidem*, p. 87.

<sup>76</sup> *Idem*.

Las condiciones de aparición de uno y otro intermediario son también distintas. El intermediario cultural debe su importancia coyuntural a condiciones económicas generales y a esfuerzos específicos en niveles superiores de gobierno que impulsan su actividad.<sup>77</sup> La incidencia del intermediario de poder, en cambio, depende de circunstancias en que un individuo puede aprovechar una estructura de poder particular. Este intermediario relaciona niveles entre los que las diferencias de poder son tales que los individuos del nivel inferior no tienen realmente oportunidad de confrontar a los del nivel superior. Esto los sitúa en una posición muy importante dentro de la estructura política de su región, incrementando sus posibilidades como mediador. Así, concluye Adams, si estos actores median donde no hay confrontaciones, entonces su papel será más importante donde los dominios son más fuertes y los niveles tienden a ser rígidos. Al mismo tiempo, su actividad tiende a hacer aún más rígidos los niveles y a fortalecer los dominios, al evitar toda confrontación.<sup>78</sup> El incremento de los enfrentamientos por movilidad política, aumentos de población, desarrollo económico o cualquier otro factor que tienda al debilitamiento de los dominios, modifica el papel de estos intermediarios hasta hacerlo irrelevante.<sup>79</sup>

### Caciques, autoridad y legitimidad

El cacique es un intermediario que hace uso de su posición estructural para establecer un dominio sobre una región, maniobrando con poder e influencia en dos esferas simultáneamente. La forma en que lleva a cabo estas actividades también resulta importante en la apreciación del fenómeno. El mayor énfasis ha sido puesto en lo que podría denominarse su estilo de mando. Este se ha caracterizado como “personalista, pragmático, informal y autocrático”.<sup>80</sup> Obedece a que basa su influencia en un conjunto de logros manifiestos y debe mostrar a los miembros de la comunidad que puede actuar en su beneficio mejor que nadie. Cuando esto no es suficiente, existe el recurso a la violencia. De este modo logra obediencia, si no afecto y, en general, que se le mire “con una mezcla de respeto, cinismo y miedo”.<sup>81</sup>

La actividad cotidiana del cacique involucra, junto con el ejercicio de la violencia, elementos de autoridad y legitimidad que le permiten man-

<sup>77</sup> *Ibidem*, p. 88.

<sup>78</sup> *Idem*.

<sup>79</sup> *Ibidem*, pp. 90-92.

<sup>80</sup> Cornelius, “Leaders, followers and . . .”, *op. cit.*, p. 345.

<sup>81</sup> *Idem*.

tener su dominación. En la medida en que los individuos bajo su control perciben cierta eficacia en el desempeño de su papel como dirigente y en la realización de expectativas compartidas, aceptan con menor dificultad o justifican su actividad.<sup>82</sup> Lo mismo sucede, obviamente, con los integrantes de la otra esfera que obtienen algún beneficio de la actividad mediadora del cacique.

El control mencionado se refiere únicamente a una relación en que intervienen la fuerza, la habilidad y las capacidades humanas para producir efectos intencionados en uno mismo, otros seres humanos y cosas.<sup>83</sup> La posibilidad de ejercer ese control es lo que se ha denominado poder. Adams intenta, dentro de su esquema, establecer una diferencia entre poder y control con base en la capacidad racional de los sujetos que se controlan. De acuerdo con este autor, los intentos humanos por domeñar su medio ambiente se traducen en prácticas de control sobre el entorno. Este se compone de cosas y seres humanos. Cuando el hombre intenta modificar elementos del medio, relativos a las cosas, aplica una tecnología para lograr controlarlas. Cuando trata de cambiar a sus semejantes, para tener control sobre ellos, ejerce poder.<sup>84</sup>

Las relaciones en que interviene el poder se consideran como políticas. El ámbito en que éstas rigen ha sido muy discutido<sup>85</sup> para el caso de comunidades pequeñas y sociedades simples. Más recientemente, estudiosos de la política en el nivel local de sociedades complejas, han propuesto hablar de la esfera pública, para delimitar esta actividad.<sup>86</sup> Aunque autores como Adams<sup>87</sup> han criticado esta postura, parece sensato llamar políticas a las actividades en que interviene el poder, pero que tienden a afectar el comportamiento de personas localizadas fuera del ámbito doméstico.

La justificación de la actividad del cacique, a los ojos de las personas que afecta, tiene que ver con su autoridad y con su legitimidad. Estos dos conceptos han sido muy discutidos en la literatura. Generalmente se considera que el ejercicio del poder involucra acciones situadas entre dos polos extremos: el uso de la fuerza bruta o la coerción económica

<sup>82</sup> *Idem.*

<sup>83</sup> Cfr. J.H.M. Beattie, "Checks on the abuse of political power in some African states: A preliminary Framework for Analysis", en *Sociologus*, 9-2, pp. 99 y 100.

<sup>84</sup> Richard N. Adams, "El poder. . .", *op. cit.*, pp. 80-83 y véase de Adams para a distinción resumida *La red de la expansión humana. Un ensayo sobre energía, estructuras disipativas, poder y ciertos procesos mentales en la evolución de la sociedad humana*, México, Ediciones de la Casa Chata-CIS-INAH, p. 23.

<sup>85</sup> Cfr. Beattie, "Checkson the. . .", *op. cit.*, pp. 99-100.

<sup>86</sup> Marc J. Swartz, "Introduction" a *Local-level Politics. Social and Cultural Perspectives*, Chicago, Aldine Publishing Co., pp. 1-46.

<sup>87</sup> Adams, *La red de la expansión. . .*, *op. cit.*, pp. 31-32.

directa, por un lado; por otro, el empleo de alusiones razonadas y explícitas a valores y principios políticos que operan en la comunidad de referencia y que integran lo que se ha llamado su cultura o tradición política.<sup>88</sup> La dominación basada únicamente en cualquiera de estos dos polos es inestable y efímera; casi todo dominio establecido hace uso de una combinación de estas posibilidades. Lo más importante es, quizá, que el empleo sistemático de alusiones a los valores políticos imperantes en una comunidad tenderá a justificar el ejercicio de la violencia. A este proceso es que se aplican los términos de autoridad y legitimidad.

Es importante señalar que el poder se ejerce de cualquier forma, lo que cambia es el tipo de sanción aplicada a determinadas acciones. Considero incorrecto hablar de “poder legítimo”, por ejemplo. Lo que puede ser legítimo, o tener autoridad, es la adopción de determinadas medidas tendientes a lograr obediencia o conformidad, esto es, el ejercicio del poder, por determinadas personas y en circunstancias específicas.

Por lo que hace a la autoridad, en la literatura antropológica, ésta ha significado simplemente el gobierno o mando en un grupo político. Beattie intentó delimitar el uso del término al “derecho (*right*) puesto en posesión de alguna persona o personas, por el consenso de una sociedad, para tomar decisiones, dar órdenes y aplicar sanciones en asuntos relativos al resto de la comunidad”.<sup>89</sup> Por lo tanto, “cualquier persona o corporación de personas investidas de ese derecho puede llamarse autoridad”.<sup>90</sup> Me parece impropio, sin embargo, equiparar gobierno y autoridad. Un gobierno toma decisiones, da órdenes y aplica sanciones en asuntos relativos a la comunidad y generalmente hablamos de que tiene autoridad para hacerlo. Considero que ese derecho suele atribuírsele al gobierno en virtud de lo que Beattie llama “el consenso de una sociedad”. Así, la autoridad no puede residir en el derecho a tomar decisiones, sino en el “consenso”, o el acuerdo de que existe ese derecho, en una comunidad determinada. Carl Friedrich<sup>91</sup> se ha referido al punto en los siguientes términos: Hay situaciones de poder que —estima— pueden distinguirse de otras por el hecho de que quien ejerce el poder tiene la facultad de defender su posición de manera tal que sus argumentos parezcan razonables a aquéllos que lo siguen. Ese razonamiento involucra valores y creencias, así como los intereses del grupo en cuestión. El que ejerce el poder comparte con la comunidad una parte o la totalidad de esos valores y creencias. Por consiguiente, está en posibi-

<sup>88</sup> Cfr. P. Friedrich, “The legitimacy. . .”, *op. cit.*, p. 243.

<sup>89</sup> J.A.M. Beattie, *op. cit.*, p. 99.

<sup>90</sup> *Ibidem.*

<sup>91</sup> Carl J. Friedrich, 1974, *Tradición y autoridad*, Editores Asociados.

lidad (de la que hace uno en ocasiones) de apoyar su actividad con razones convincentes para el grupo. Esta capacidad para la elaboración razonada es la autoridad en política.<sup>92</sup> Dicha capacidad implica la participación de una cultura o tradición política común al grupo, esto es, una comunidad de valores y creencias que incluye hábitos y costumbres concernientes a la conducta de los hombres como personas políticas y al comportamiento de gobernantes y gobernados.<sup>93</sup> La autoridad, así entendida, asiste al poder en determinadas circunstancias y no en otras.

El fundamento para razonar en favor del ejercicio del poder varía en cada caso y de ello dependerá el tipo de autoridad de que se trate: el fundamento de las autoridades policíacas es un ordenamiento jurídico que norma y limita el ejercicio de su poder; el fundamento para razonar en apoyo de un académico de la lengua está en su experiencia y habilidad en el manejo de una forma de comunicación. Este no tiene autoridad en el ámbito de la delincuencia y aquéllos no la poseen en el terreno de la gramática. Así, al tratar con problemas de autoridad, es necesario plantear tres preguntas fundamentales:

1. ¿Quién tiene autoridad? Esto es, ¿quién de los que ejercen el poder tiene, a ojos de los que entran en esa relación, la capacidad de argumentar, de manera razonable y en términos de los propios valores, creencias e intereses del grupo, en favor de su actividad?

2. ¿Por qué tiene autoridad? Es decir, ¿cuáles son esos valores, creencias e intereses que hacen razonable, dentro del grupo, ese argumento, o qué habilidad especial tiene el dirigente para hacer que así lo parezcan? Y

3. ¿Para qué tiene autoridad? ¿Qué tipo de actividad justifican esos valores, creencias e intereses?

Hasta aquí hemos hablado de una capacidad de elaboración razonada. Aceptar su existencia implica reconocer la autoridad del que tiene esa capacidad, pero no necesariamente lleva a considerar que está bien lo que hace, en el sentido de la corrección del acto. Esto implica ya un problema de legitimidad en el ejercicio del poder. Este asunto parece de fácil solución en la medida en que generalmente se atribuye esta calificación a acciones que las personas involucradas creen correctas o apropiadas. El ejercicio del poder se considera legítimo cuando quienes se encuentran en esa relación piensan o sienten que es justo lo que se hace, que así “debe ser”. Obviamente esto también debe verse a la luz de los valores, creencias e intereses de la comunidad en cuestión.

Así, autoridad y legitimidad califican el ejercicio del poder: la una juzga las capacidades de elaboración razonada del que lo ejerce, la otra

<sup>92</sup> *Ibidem*, p. 53.

<sup>93</sup> *Ibidem*, p. 105.

es una sanción moral. Se trata de dos conceptos distintos pero tan complejamente interrelacionados que resulta difícil separarlos en el análisis. Es posible afirmar, además —refiere Friedrich— que sin autoridad es improbable que tenga lugar la legitimación de poder o gobierno, ya que la imposibilidad de justificar racionalmente las acciones traduce falta de arraigo en la tradición política del grupo, contradicción con esos valores o incluso entre ellos mismos. Por otro lado, también es cierto que la legitimidad exalta la autoridad del que manda, puesto que si un grupo considera correcta la actividad del dirigente, estará más propenso a aceptar su razonamiento en favor del dominio.

En estos términos resulta más comprensible el control del cacique y, sobre todo, su permanencia, en contraste con la idea más extendida que pone de relieve los elementos violentos de su actividad. Paul Friedrich, utilizando su material sobre la ciénega de Zacapu, analizó la actividad de un cacique desde el punto de vista de su legitimidad.<sup>94</sup> El enfocar el problema desde esta perspectiva, lo llevó a considerar que la legitimidad debía verse como un proceso de flujo, antes que como algo estático con atributos propios y definidos.<sup>95</sup> Así visto, “el mando legítimo se valida mediante una relación persuasiva y convincente con la tradición política y los ideales y normas positivas de la cultura política”.<sup>96</sup> P. Friedrich considera posible hablar de legitimidad en la medida en que los miembros de una comunidad piensan o sienten que el mando de un dirigente es correcto y que sus actos corresponden con su cultura política ideal. Esto es, que las reglas del juego y el comportamiento del cacique son coherentes y aceptables para ellos.<sup>97</sup> Esto remite a la evaluación de dos conjuntos distintos de actividades. Por una parte, al carácter lógico de la relación entre normas y ejercicio del poder, es decir, que “las actividades de un dirigente pueden relacionarse con normas y valores de manera susceptible de justificación y elaboración razonable, lógica y convincente”.<sup>98</sup> Por otro lado, a “la aceptabilidad o popularidad de las normas mismas”, haciendo posible la racionalización de las actividades que, consideradas aisladamente, se sustentan en premisas débiles, ambiguas, ilógicas o impopulares.<sup>99</sup> La legitimidad del cacique se incrementa en la medida en que lleva a cabo actividades relacionadas con metas y valores aceptados y flaquea en los puntos en que éstos se contradicen abiertamente.

<sup>94</sup> Paul Friedrich, “The legitimacy. . .”, *op. cit.*, pp. 243-269.

<sup>95</sup> *Ibidem*, p. 244.

<sup>96</sup> *Idem*.

<sup>97</sup> A este respecto véase también: Cornelius, “Contemporary Mexico. . .”, *op. cit.*, p. 188.

<sup>98</sup> Paul Friedrich, “The legitimacy. . .”, *op. cit.*, pp. 243-269.

<sup>99</sup> *Idem*.

P. Friedrich puede, así, distinguir, en el caso de Naranja, entre rasgos positivos y negativos para la legitimidad del cacique. Explica cómo éste puede ser claramente ilegítimo de muchas formas.<sup>100</sup> Nunca fue electo, ni su dominio depende de selección democrática, pública o institucional. Este hecho contradice abiertamente los más altos ideales de la Revolución mexicana, iniciada contra una dictadura de treinta años. Contradice también las premisas de los gobiernos posrevolucionarios que ponen énfasis en la sucesión ordenada y regular de autoridades, celebrada solemnemente con rituales públicos de elección general. Al mismo tiempo, sin embargo, apoya su mando haciendo referencia constante a la ideología del progreso, la reforma agraria y la instrucción pública, proclamadas por el partido del gobierno. Esto sin importar cuan contradictorios resulten dichos planteamientos frente a su propio comportamiento. En contra está también la ausencia de cualidades o habilidades carismáticas en la personalidad del cacique. Aun cuando se reconozcan algunos de sus contactos externos y algunas de sus habilidades, es dudoso que el respeto y la obediencia se deben a la creencia en sus cualidades personales extraordinarias. En lo que hace al aspecto religioso, no es más legítimo tampoco. En la medida en que suscribe las tesis agraristas anticlericales, tiende a favorecer las festividades del calendario civil en detrimento de las religiosas<sup>101</sup> a marginar a los miembros del clero de la vida pública y a abstenerse de buscar el apoyo y los servicios de la institución eclesiástica. “En suma, la legitimidad débil o negativa del cacique agrario de la actualidad (fines de los años cincuenta) surge de una combinación de su calidad no representativa, la ilegalidad de sus actos, y del hecho de que desorganizó y destruyó parcialmente el orden económico, sociopolítico y religioso establecido”.<sup>102</sup>

En el otro extremo, encuentra Friedrich los aspectos positivos para la legitimidad del cacique.<sup>103</sup> En esa población de la ciénega de Zacapu, los caciques se consideran como herederos naturales a un puesto ocupado por ellos durante casi cien años. La gente del pueblo también los mira como algo que siempre ha estado ahí y hay que resignarse. El cacique ha demostrado, además, sus aptitudes para controlar a la comunidad y dar a sus miembros una imagen de paz, unidad y fuerza; valiosa en términos de la tradición local. Ha demostrado también ser hábil como árbitro, tener conexiones personales múltiples y útiles, un empleo moderado del asesinato y la violencia, lucidez como orador y la efectiva

<sup>100</sup> *Ibidem*, p. 244.

<sup>101</sup> Paul Friedrich, “Revolutionary Politics and Communal Ritual”, en Swartz et. al., *Political Anthropology*, Chicago, Aldine Publishing Co., 1966.

<sup>102</sup> Paul Friedrich, “The legitimacy. . .”, *op. cit.*, p. 263.

<sup>103</sup> *Ibidem*, pp. 260-264.

y versada manipulación del código agrario. A esto se agrega la autoponderación de sus actividades como intermediario, de su amistad con individuos políticamente poderosos, así como de su participación en la Revolución, asociando su nombre a los de los grandes dirigentes agrarios. “Resumiendo, el *status* de un cacique agrario como Pedro Caso descansa en un derecho (cuasi) hereditario de sucesión, y en una combinación hobbesiana de poder *de facto* para tomar decisiones a nombre de la comunidad, de ‘protegerla’ y mediar en muchas de sus relaciones externas, y, finalmente, de equiparar lo legítimo con lo legal, de articular y pretender la representación de las leyes agrarias de México”.<sup>104</sup>

Autoridad y legitimidad son sanciones que aplican a las actividades del cacique aquellos que entran en relación con su dominio. En el análisis social, el estudio de estas justificaciones permite comprender la permanencia de éste fenómeno político y arroja luz sobre algunos de los rasgos de su actividad. No debemos olvidar, sin embargo, que el cacique es, en todos los casos, un intermediario que pone en relación y articula niveles distintos de una sociedad compleja. Como bien reconoce Friedrich, el cacique no es un dirigente absoluto, no representa la cima del edificio político, “sino los niveles intersticiales o ‘intercelares’, (es) el ‘intermediario político’ que relaciona y articula culturas políticas y públicos distintos”.<sup>105</sup> El cacique es un dirigente en la medida en que logra esta comunicación. Su autoridad dependerá del acierto con que defienda racionalmente su papel y su legitimidad de la efectividad con que convenza de la bondad o necesidad de sus acciones. Al hacerlo, sin embargo, se justifica, al menos, en dos esferas con diferencias sustanciales importantes. Es obvio que hay contradicciones irresolubles y lo que Friedrich señala para los dirigentes agrarios es, de manera más general, aplicable a los intermediarios políticos: su actividad en sociedades complejas es “en gran medida, un asunto de nexos o intersección entre fuerzas, direcciones y corrientes”.<sup>106</sup>

### Caciques en México

En México, la institución del cacicazgo se inició durante la época colonial, pero se constituyó en una base mestiza de fuerza efectiva y perdurable después de la Independencia. Las guerras de independencia resquebrajaron y casi destruyeron toda posibilidad de autoridad política centralizada. De acuerdo con Silvert, procesos de este tipo acarrearán el

<sup>104</sup> *Ibidem*, p. 266.

<sup>105</sup> *Idem*.

<sup>106</sup> *Idem*.

surgimiento de poderes locales del tipo de caudillos y caciques. Permiten la formación de ejércitos y fuerzas rurales semiregulares que compiten por el control político regional e incluso nacional, a modo de mantener poder económico y social para los grupos provinciales.<sup>107</sup> La revolución de independencia hizo posible el surgimiento de dirigentes locales que lograrían el dominio de su región y se opondrían muy sólidamente a los gobiernos centrales subsiguientes.<sup>108</sup> El poder político recayó en estos dirigentes que podían hacer frente al entorno hostil y satisfacer algunas de las demandas básicas de sus seguidores. En términos de Vernon,<sup>109</sup> la búsqueda de alguna forma de estructura social que pudiera ofrecer seguridad llevó al fortalecimiento de lazos de liderazgo personal: aquél que estuviera en condiciones de ofrecer protección, podía contar con un grupo de seguidores.<sup>110</sup> Estos hombres fuertes constituyeron el gobierno y establecieron la ley en sus propias comarcas. El éxito regional de estos dirigentes fue tan importante en términos de control político que no capitularon en favor de gobierno central alguno. Este sólo se reconocía cuando era apoyado por ellos —o, al menos, por los más poderosos— y un ejército nacional no existía sino sobre la base de grupos armados regionales comandados y sostenidos por dirigentes y recursos locales. Scott señala que el éxito del político local dependía de sus acuerdos con el dirigente nacional, más que de su consagración a normas constitucionales. Este, a su vez, debía su éxito a la efectividad del control de los dirigentes políticos locales, sin importar los métodos que emplearan.<sup>111</sup> La inestabilidad política —manifiesta en la larga lista de rebeliones y guerras civiles posteriores a la consumación de la Independencia— debe verse a la luz de las dificultades que acarreaban dichos acuerdos.<sup>112</sup>

La lucha contra el imperio aglutinó las fuerzas comandadas por los caciques militares y la restauración de la república puso en manos civiles un acuerdo tácito de unidad federal. El gobierno de Juárez logró el equilibrio entre los hombres fuertes regionales, manteniendo el gobierno formal en manos civiles. Los caciques militares, por otra parte, reconocían en Porfirio Díaz —uno de los héroes de la Reforma y la lucha

<sup>107</sup> *Ibidem*, p. 349.

<sup>108</sup> Roger D. Hansen, *La política del desarrollo mexicano*, México, Siglo XXI, 1974. Ver también: Vincent L. Padget, *op. cit.*, p. 83.

<sup>109</sup> Raymond Vernon, *The Dilemma of Mexico's Development. The Roles of Private and Public Sectors*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1971.

<sup>110</sup> *Ibidem*, p. 159.

<sup>111</sup> Robert E. Scott, *Mexican Government in Transition*, Urbana, University of Illinois Press, 1964, pp. 102-103.

<sup>112</sup> Cfr. Roger D. Hansen, *op. cit.*, p. 189.

contra los franceses— a un líder informal.<sup>113</sup> Varias veces intentó Díaz llegar a la presidencia sin conseguirlo, pero a la muerte de Juárez las divisiones en el seno del partido liberal se agudizaron y el triunfo de Lerdo acabó por escindir a civiles y militares. En 1876, con el apoyo de la mayor parte de los hombres fuertes regionales, Díaz se hizo de la presidencia. Conocía muy bien el poder de los caciques militares y de su fuerza de oposición armada. En vez de combatirlos se los arregló para ponerlos de su lado. A los colaboradores de su régimen otorgó recompensas demasiado jugosas para arriesgarse en una rebelión; toda clase de oportunidades para el enriquecimiento personal.<sup>114</sup> Al mismo tiempo, el enfrentamiento entre hombres fuertes regionales garantizaba que no se unirían en su contra. De este modo, se transformó a “la tiranía local en una dictadura general, al cacique en policía, un representante del gobierno nacional”.<sup>115</sup>

En 1910, una revolución derrumbó el régimen de Porfirio Díaz. La participación de hombres fuertes regionales fue tan importante como la formación de nuevos dirigentes locales. En todo caso, el caciquismo persistió como un rasgo importante de la política local. Los caciques posrevolucionarios forjaron su poder como jefes militares, pero también como terratenientes, dueños de algún capital o recursos que les permitieron el control de toda una región.<sup>116</sup> Esto ha llevado a poner énfasis en la similitud de la estructura política del México contemporáneo y la porfirista.<sup>117</sup> En efecto el papel mediador de estos hombres fuertes locales presenta una doble operación muy similar a la que tenía en la etapa porfirista: control político local en favor del gobierno nacional y todo tipo de concesiones para el beneficio personal en favor de los dirigentes locales. Sin embargo, existen al menos dos grupos importantes de diferencias que es preciso señalar. Por una parte, aparecieron los pequeños caciques locales que modestamente se hicieron la justicia que la revolución les debía, esquilmando a sus parientes y vecinos. Gente del pueblo que promovía relaciones de tipo tradicional y que, utilizando mecanismos simples de usura o intermediación, terminaba por eslabonar política y económicamente pueblos y regiones enteras al aparato económico y político nacional.<sup>118</sup> Por otra parte, la estructura política posrevolucionaria vio aparecer nuevos actores políticos y se produjeron

<sup>113</sup> *Ibidem*, p. 189.

<sup>114</sup> *Ibidem*, pp. 192 y 193.

<sup>115</sup> *Ibidem*, p. 194.

<sup>116</sup> Cfr. Luisa Paré, *op. cit.*, pp. 34 y 35.

<sup>117</sup> Cfr. Roger D. Hansen, *op. cit.*, 194 y 195; Martínez Vázquez, *op. cit.*, p. 176 y Ugalde, *op. cit.*, p. 134.

<sup>118</sup> Arturo Warman, *Y venimos a contradecir. Los campesinos de Morelos y el Estado Nacional*, México, Ediciones de la Casa Chata, 1976, pp. 181 y 182.

muchos cambios en los grupos y facciones en control de situaciones particulares. Al lado de la tierra y los grupos armados surgieron nuevas posibilidades de liderazgo y control. Las maquinarias políticas de los ejidos y las organizaciones campesinas se convirtieron en posibilidades igualmente importantes y la movilización de los trabajadores industriales apareció también en escena.<sup>119</sup>

En muchísimas ocasiones, los dirigentes populares tradujeron el fuerte apoyo de sus seguidores en beneficio personal al mediar y mediatizar sus demandas. En este proceso se volvieron caciques.<sup>120</sup> El aparato político favoreció esta transición ya que generalmente alivia sus presiones por la vía de la cooptación y la corrupción de los dirigentes populares, antes que atender a las demandas de los grupos que representan.<sup>121</sup> Desde el punto de vista puramente económico, el papel de intermediación del cacique fue también ventajoso. Generalmente usufructuaron la introducción de “progreso” y “modernidad” junto con bienes y servicios introducidos a sus zonas de influencia.<sup>122</sup> Al mismo tiempo se apropiaron de recursos extraídos por muy diversos medios a la gente bajo su dominio. Actividades que incluyen la explotación directa de campesinos y jornaleros, distintas formas de usura, aprovechamiento ilegítimo y venta de bienes comunales, explotación de trabajo comunitario y cooperativo, especulación y corrupción.<sup>123</sup>

La mayor parte de las actividades económicas desempeñadas por los caciques, para llevarse a cabo, presuponen y requieren cierta medida de control político. Se trata de actividades “que no llevan en sí sus mecanismos de reproducción, sino que ésta requiere de la repetición de los mismos actos de explotación”.<sup>124</sup> Dicha repetición presupone el control político. Así, aunque el interés primordial del cacique para lograr y retener el control sea de naturaleza económica,<sup>125</sup> es obvio que en muchas ocasiones preferirá anteponer sus intereses políticos, incluso si éstos entorpecen el desarrollo de la economía.<sup>126</sup>

Lo anterior es particularmente claro en situaciones en que el estable-

<sup>119</sup> Véase Roger D. Hansen, *op. cit.*, p. 259. También: Eric R. Wolf, “Aspects of Group . . .”, p. 61.

<sup>120</sup> Eckart Boege y Pilar Calvo, “Estructura política y clases sociales en una comunidad del Valle del Mezquital”, en *Caciquismo y poder político en el México rural*, México, Siglo XXI, p. 142.

<sup>121</sup> Roger D. Hansen, *op. cit.*, p. 269.

<sup>122</sup> Arturo Warman, *op. cit.*, p. 182.

<sup>123</sup> Víctor Raúl Martínez Vázquez, *op. cit.*, pp. 148-194.

<sup>124</sup> Luisa Paré, *op. cit.*, p. 37.

<sup>125</sup> Cornelius, “Leaders, followers and . . .”, *op. cit.*, p. 351.

<sup>126</sup> P. Calvo y R. Bartra, “Estructura política y clases sociales en una comunidad del Valle del Mezquital”, en *Caciquismo y poder político en el México rural*, México, Siglo XXI, p. 98.

cimiento de relaciones económicas, pero también políticas y sociales —más complejas con el ambiente externo— acaba con el relativo aislamiento de la comunidad local. En esos casos, el papel mediador del cacique pierde toda importancia. Sus bases de poder se ven seriamente afectadas y, en última instancia, se ve expulsado de su posición. Un buen ejemplo lo constituyen los asentamientos de paracaidistas como los estudiados por Cornelius en los alrededores de la ciudad de México. Ahí, la influencia del cacique se basa fundamentalmente en su papel de mediador entre los posesionarios y las instituciones de la ciudad circundante; su poder se ve drásticamente disminuido en la medida en que los residentes logran, individualmente o por la vía de otras formas de participación, un creciente número de beneficios no mediados.<sup>127</sup> Lo mismo resulta válido para el cacique rural. En la medida en que se desarrollan empresas capitalistas modernas, emergen grupos con intereses económicos distintos que requieren diferentes formas de control político.<sup>128</sup> En ese caso aparecen nuevas formas de dirección impuestas desde el exterior o facciones que compiten entre ellas sin representar un liderazgo definido. Este parece ser el caso de los grandes ejidos de los distritos de riego del Noroeste<sup>129</sup> y podría decirse que el estudio de Tetela del volcán<sup>130</sup> presenta también una amplia gama de relaciones externas que impiden la centralización del poder político en manos de un único intermediario.

Hasta ahora hemos hablado del cacique como un intermediario que manipula relaciones de poder en dos esferas, valiéndose de sus controles en cada una para influir en la otra. El surgimiento de hombres fuertes de este tipo suele asociarse a desinterés o incapacidad por parte de la administración estatal para desafiar sus fuentes de poder.<sup>131</sup> En efecto, pueden verse asociadas la falta de presencia del gobierno central y las demandas locales y regionales a la sociedad mayor, para crear la posibilidad de existencia de un intermediario con las características del cacique.<sup>132</sup> Como contraparte, el control estatal efectivo del empleo de la violencia física y la apertura de canales de participación aparecen como puntos esenciales en contra del cacicazgo. No obstante, en muchos casos se ha visto cómo el Estado considera provechoso sostener ese

<sup>127</sup> Cornelius, "Leaders, followers and . . .", *op. cit.*, p. 343.

<sup>128</sup> E. Boege y P. Calvo, *op. cit.*, p. 139.

<sup>129</sup> Véase por ejemplo: Susana Glantz, *Manuel, una biografía política*, México, CIS-INAH-Editorial Nueva Imagen, 1979.

<sup>130</sup> P. Arias y L. Bazán, *op. cit.*, p. 96.

<sup>131</sup> Véase William J. Brisk, "The new caciquismo", en R. Kern (ed.), *The Caciques. Oligarchical Politics and the System of Caciquismo in the Luso-Hispanic World*, Alburquerque, University of New Mexico Press, 1973, p. 157.

<sup>132</sup> Véase Cornelius, "Leaders, followers and . . .", *op. cit.*, p. 348.

tipo de estructura política.<sup>133</sup> El estudio del cacicazgo integrado a la estructura política nacional ha demostrado cómo la eliminación de este sistema de control político local, que una vez fue una medida militarmente impracticable, en otro momento resultó problemática por la fuerza que tenían en el plano regional, es también inmensamente difícil para el aparato gubernamental porque requeriría una gran inversión de “tiempo y energía en organización política de base en contextos sociales que les son muy poco familiares”.<sup>134</sup> En términos del partido oficial únicamente, suprimir a los intermediarios situados en posiciones estratégicas de apoyo, requeriría toda una estructura organizativa de que carece.<sup>135</sup>

## Conclusiones

Por esas razones, a menudo se habla del cacicazgo como un Estado dentro del Estado, una región sustraída al resto del territorio nacional donde impera el arbitrio de un individuo todo poderoso. Debe reexaminarse esta postura. En efecto, en muchas ocasiones, los gobiernos centrales, si querían administrar algunas zonas, debían entrar en relación con caciques y otros intermediarios capaces de habérselas con el nivel político local. Sin embargo, lejos de reemplazar al Estado o constituirse en un poder local autónomo dentro de él, estos intermediarios dependen del Estado. Sus dominios locales y regionales de poder existen en la medida en que tienen acceso a niveles superiores; en la medida en que acceden a los dominios más amplios del Estado.<sup>136</sup> En este sentido, además, el proceso es comparable con otras situaciones de construcción del Estado. En otros lugares del mundo, también, hombres fuertes regionales, como los señores de la guerra en China o los *mafiosi* en Sicilia “crecieron precisamente porque los sistemas nacionales de poder se expandieron sin destruir los sistemas de poder locales”.<sup>137</sup> Blok<sup>138</sup> hace un interesante análisis de la mafia en un pueblo siciliano y expone claramente cómo las actividades violentas de la mafia deben verse como parte de un proceso de centralización e integración nacional de la sociedad en Italia; como un proceso de formación del Estado-nación.

Parece claro que los caciques en México también deben verse en tér-

<sup>133</sup> Cfr. P. Calvo y R. Bartra, *op. cit.*, p. 96.

<sup>134</sup> Cornelius, “Leaders, followers and . . .”, *op. cit.*, p. 350.

<sup>135</sup> *Ibidem*, p. 350.

<sup>136</sup> Anton Blok, *The Mafia of a Sicilian Village, 1860-1960. A Study of Violent Peasant Entrepreneurs*, Oxford, Basil Blackwell, 1974, p. 212.

<sup>137</sup> Ch. Tilly, *op. cit.*, p. XXI.

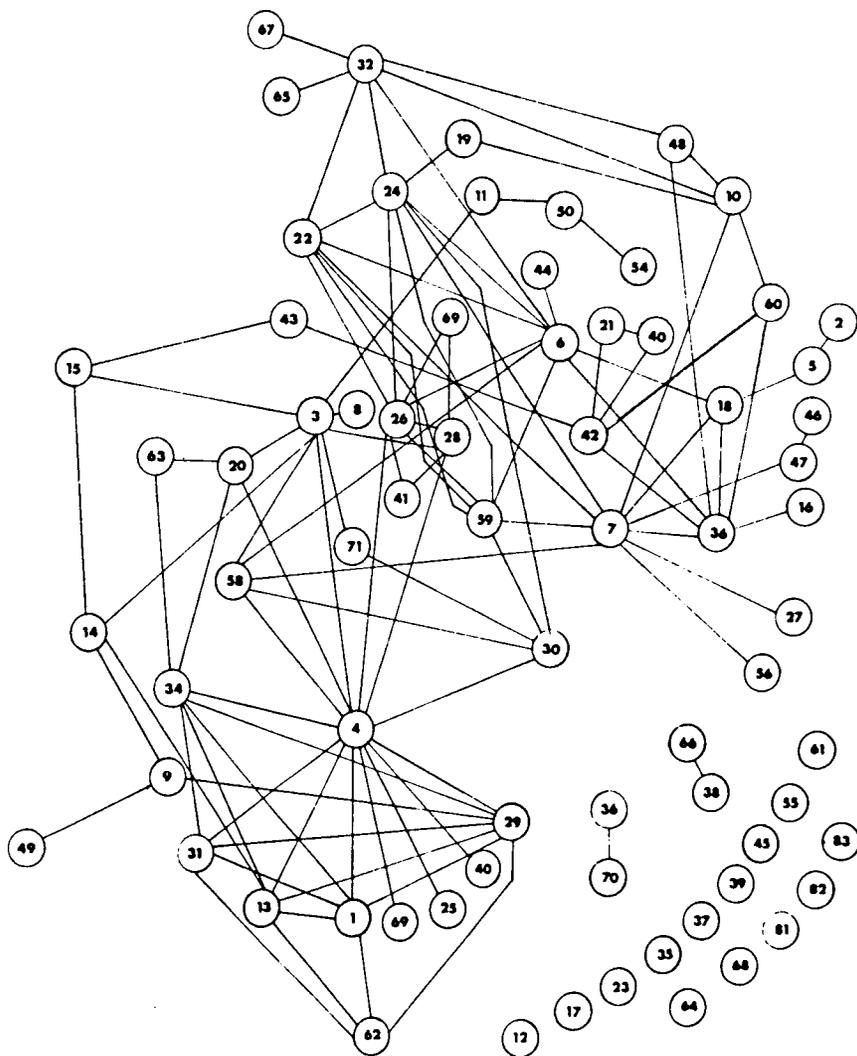
<sup>138</sup> A. Blok, “The mafia. . .”, *op. cit.*

minos de un proceso histórico de centralización y control administrativo estatal directo. Se ha observado cómo el proceso mismo de desarrollo económico, el avance centralizador del Estado y algunos procesos de organización popular, representan modificaciones en el aparato de poder que ponen fin a la necesidad estructural del cacique.<sup>139</sup> La comprensión de estas modificaciones no puede hacerse por la vía del estudio del cacicazgo como fenómeno aislado. Ponerlo en relación con una estructura nacional de poder, arroja luz sobre su papel de intermediario, pero se requiere también un análisis de la forma en que se organiza localmente el poder. El cacique articula dominios de poder con estructuras internas específicas que es necesario estudiar y comparar con aquellas que se articulan a otros niveles del aparato político por vías no caciquiles. El estudio de estructuras locales y regionales de poder en una perspectiva diacrónica, seguramente hará más inteligibles algunos de estos procesos políticos de los que el cacicazgo es sólo una expresión particular.

<sup>139</sup> Cfr. Luisa Paré, *op. cit.*, p. 38; Brisk, William J., *op. cit.* pp. 157-158; Comalá y Santa Gertrudis contra caciques, *op. cit.*

Diagrama 1

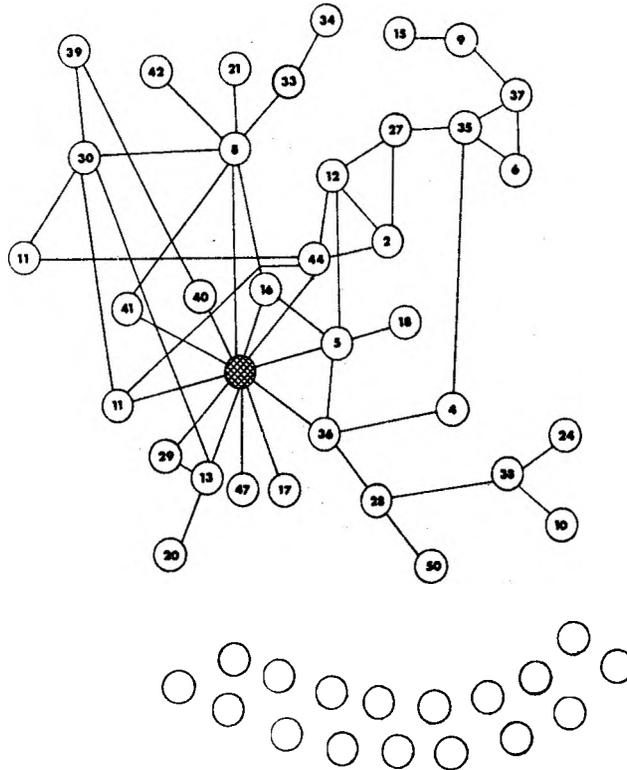
Actopan: estructura de poder, parentesco y compadrazgo, 1972.



En Roger Bartra y Pilar Calvo, "Estructura de poder, clases dominantes y lucha ideológica, en el México rural" en IIS-UNAM, *Caciquismo y poder político en el México rural*, México, Siglo XXI, 1975, p. 110.

Diagrama 2

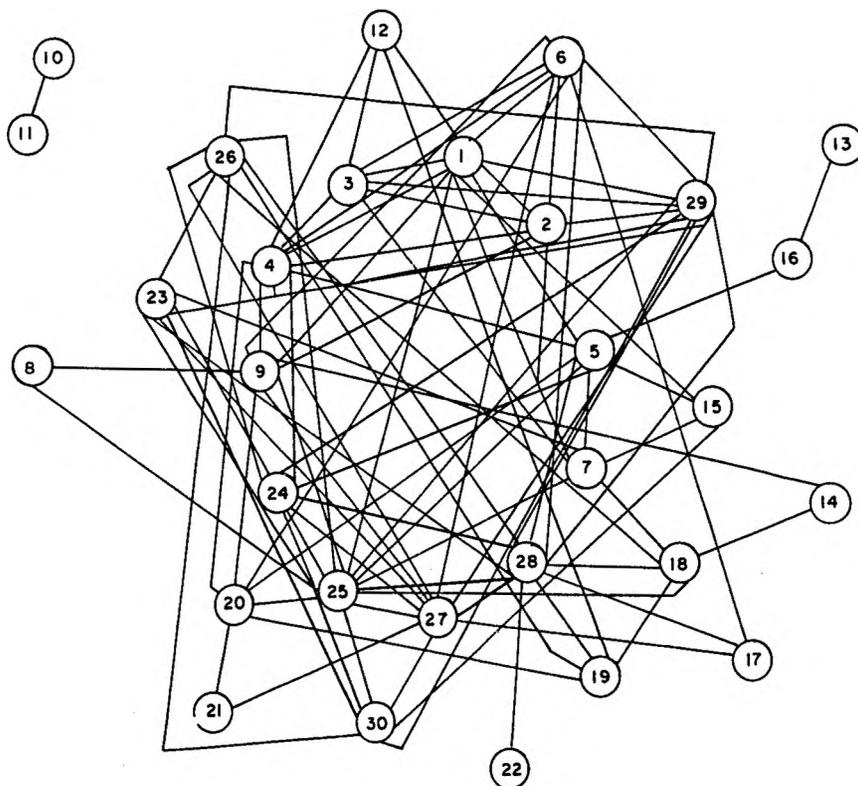
Ixmiquilpan: estructura de poder, parentesco y compadrazgo, 1972.



En Roger Bartra y Pilar Calvo, "Estructura de poder, clases dominantes y lucha ideológica, en el México rural" en IIS-UNAM, *Caciquismo y poder político en el México rural*, México, Siglo XXI, 1975, 112.

*Diagrama 3*

Parentesco y compadrazgo entre actores políticos formales. Tetela del Volcán, 1974.



Elaborado de acuerdo con los datos proporcionados por Patricia Arias y Lucía Bazán, en *Demandas y conflicto. El poder político en un pueblo de Morelos*, México, CISINAH-Editorial Nueva Imagen, 1979, pp. 79-81.